

Rubio de Díaz, en cuyo semblante sereno como una aurora celeste, se reflejan como en limpia luna veneciana todas las virtudes de la incomparable mujer mexicana, ostentaba un riquísimo traje de tertulia de un corte irreprochable, luciendo, además, riquísimas y valiosas alhajas, cuyo brillo se confundía con el de sus bellos y apacibles ojos.

A la hora fijada en el programa dió principio el espectáculo con un concierto, en el que tomaron parte con la mayor perfección los principales artistas de la Compañía, que fueron más ó menos aplaudidos, llevándose como siempre los honores del triunfo la Scalchi. El público esperaba con ansia la aparición de Adelina Patti, reina de aquella espléndida fiesta. El momento llegó y la egregia artista fué saludada por el auditorio con nutridos y prolongados aplausos, siendo arrojada al escenario una cantidad tal de flores que lo tapizaron completamente, al extremo de que hubieron de salir numerosos sirvientes á retirar una parte de ellas para que los artistas pudieran circular por el escenario.

Inútil es hablar de la perfecta ejecución del segundo acto de *Traviata*: y poco es cuanto pudiera decirse del modo con que se presentó la *diva*.

No se sabía qué admirar más, si la magnificencia de su traje ó la riqueza extraordinaria de sus alhajas: su cuello y pecho estaban literalmente cubiertos de exquisitas y valiosas piedras, en cuyas facetas se descomponía la luz produciendo colores hermosísimos que realmente deslumbraban; asimismo ostentaba valiosas alhajas en la cabeza y en los brazos. Al terminar el acto, el público, en un estado de verdadero frenesí, la aplaudió y vitoreó estrepitosamente, haciéndola salir varias veces á la escena; en una de ellas se le ofrecieron regalos de gran valor, entre ellos alguno que le envió la Señora del General Presidente.

En ese momento y entre las aclamaciones del público que tanto le ama, se presentó en el palco escénico, nuestro inspirado poeta Juan de Dios Peza, á recitar como sólo él sabe hacerlo, la siguiente improvisación:

“Yo no canto la ovación  
Que tus méritos pregona  
Ni tu egregia inspiración,  
Ni tantos triunfos que son  
Diamantes de tu corona.

“Todo el que logra escuchar  
Tu voz de mágico acento,  
Aplauda, al verte imitar  
Así las quejas del viento  
Como los ecos del mar;

“Así el tranquilo rumor  
De la brisa y del follaje,  
Como las quejas de amor  
Que de noche en el ramaje  
Da en la selva el ruiseñor.

“No hallarás almas esquivas  
De oír tus notas sonoras,  
Siempre dulces, frescas, vivas;  
Con ellas nos enamoras,  
Nos vences y nos cautivas.

“Al oírte pensé yo  
Que fué tu voz la que un día  
Rossini en sueños oyó. . . .  
Y Verdi está todavía  
Soñando que la escuchó.

“Quiero afanoso aplaudir  
En esta noche sin par,  
Tu nobleza en elegir  
A una reina del hogar  
Que sabe amar y sentir.

“Esto ensalza mi laúd,  
Mirar en consorcio santo  
Tu gloria y su juventud:  
Frente á la *reina del canto*  
*La reina de la virtud.*

“Y no es torpe adulación,  
Sino tributo á la fama  
Y al mérito admiración,  
¡Siempre ensalzar á una dama  
Es nobleza y galardón!

“Mira á esa dama, y galanas  
A cuantas brillan aquí  
De la virtud soberanas. . . .  
Dí al mundo que son así  
Las mujeres mexicanas.

“Dejas México, Adelina,  
Donde tu voz nos conmueve



Y tu gracia nos fascina.  
¡Siempre la dicha te lleve,  
Hechicera golondrina!

“Hallarás en tus afanes  
Otro clima, otro arrebol,  
Y azucenas y arrayanes;  
¡Nunca la luz de este sol  
Que dora los dos volcanes!

“Guarda allí el lauro que esmalta  
Nuestro entusiasmo leal,  
Prenda que da noble y alta  
La tierra de la *Peralta*  
A *Adelina* la inmortal.”

Esta improvisación, recibida con aplausos frenéticos por el público que aclamaba al poeta, conmovió profundamente á Adelina Patti.

Al segundo acto de *Traviata* siguió el último del *Trovador*, en que brillaron como siempre las dos estrellas de la Compañía: la Patti y la Scalchi. La entusiasta ovación hecha á la beneficiada no puede ser descrita con todo su detalle y colorido; todo fué en ella espontáneo, sincero y caluroso: las llamadas, al final, fueron innumerables; el público sabía que el telón iba á caer por última vez entre él y la artista, y quiso dilatar todo el tiempo posible aquella despedida.

Hubo, sin embargo, una nota desagradable: los amigos numerosos de la Scalchi habían excitado la vanidad de la ameritadísima contralto, que (humana pequeñez), se sintió celosa de aquella ovación á la sin par Adelina, y casi lloró porque á ella no se le acordaba otro tanto. La Patti, que era la primera en estimar á la Scalchi, deseó hacerla partícipe de tanta gloria, y en una de las llamadas á la escena quiso que saliese con ella. La Scalchi, ofendida de que el público no la llamase en las numerosas veces en que hizo salir á la Patti, no quiso salir de entre bastidores; la Patti insistió y la tomó de una mano, pero la Scalchi se mantuvo firme, y al retirar la suya, dió en la de la prima donna un terrible arañazo, que hizo brotar la sangre. Estos celos y envidias son comunísimos en el teatro, gran semillero de enormes pequeñeces.

Entre los diversos regalos hechos á la Patti, figuró, en elegante estuche de terciopelo, una paleta con una vista, pintada al óleo, del Valle de México tomado desde Chapultepec, con esta inscripción: “*Recuerdo de Chapultepec.—A Adelina Patti.—México, Enero 13 de 1887.—Porfirio Díaz.*” La esposa del Presidente de la República le regaló un finísimo abanico de encajes y brillantes, con las cifras de

la Patti primorosamente hechas también con brillantes: fué alhaja de mucho mérito y gran valor. También le fué enviado por D. Miguel Lizardi un trozo de plata maciza, de forma cilíndrica, con la dedicatoria y la fecha grabadas en sus extremos. El Dr. D. Eduardo Liceaga la obsequió con tres típicas figuritas de plata copella de Guanajuato. Al frente de varios honores que se dispensaron á la artista mientras permaneció en México, figura el gran banquete que en el Palacio de Chapultepec le ofreció el día 2 de Enero la Sra. D<sup>a</sup> Carmen Romero Rubio de Díaz: más que con el banquete, del que apenas probó algo porque la Patti era sumamente sobria cuando tenía que trabajar, la artista gozó con la espléndida vista de nuestro Valle, del que quedó enamorada, y con el trato y la conversación de las distinguidísimas personas que la acompañaron á la mesa. También se le brindó con una audición en el Conservatorio de Música, un *coledero* en el Hipódromo del Jockey Club, y una multitud de tertulias; pero de todo se excusó la Patti, porque, según queda indicado, siempre que trabajaba se abstenía de cuanto pudiese en modo alguno perjudicar á su voz, pues según dijo á diversas personas, “puesto que al público se le cobra caro por oírme, yo debo sacrificarme para que me oiga como tiene derecho á oírme.”

Sus precauciones eran tanto más justas cuanto que alguna indisposición la hizo sufrir el enrarecido ambiente de México; “la grande artista, dijo un revistero, se muestra admirada de nuestro clima, de nuestro hermoso cielo, que considera más bello que el de Italia, pero la indisposición que ha sufrido la hace decir que la tierra no la quiere á ella.” Adelina Patti hizo su visita de despedida á la señora esposa del Presidente de la República, á las tres de la tarde del 14 y á las cinco y media partió por el Ferrocarril Central. La estación estuvo llena de curiosos y admiradores. El carro Pullman de la *Diva* parecía más bien un jardín por la profusión de delicadas flores que se le enviaron por señoras de las primeras familias. La partida del tren especial, fué saludada con cariñosas aclamaciones, á las que la Patti contestó muy conmovida, *¡au revoir!*

Su estancia en México produjo, según cálculos fehacientes, á la Empresa, unos *ochenta y cinco mil pesos*, que reducidos á oro valieron *sesenta mil*: de éstos, á la Patti correspondían *treinta mil*: los gastos eran de *seis mil* semanarios, y como la Compañía estuvo en México tres semanas, debieron ser *diez y ocho mil pesos*: agregándose á ellos otros *dos mil*, importe de pasajes, quedaron de utilidad *diez mil* á Mr. Abbey. La Scalchi traía de sueldo *mil pesos* por función. Imposible es calcular la ganancia hecha por los revendedores, pues si en un principio fué respetable, después el público se amostazó y dejó de solicitar con anticipación los billetes, reservándose para adquirirlos hasta la última hora. Esto asustó á aquellos descarados especuladores, que se expo-



nían así á quedarse con su mercancía, y en las últimas noches, media hora antes de la función, se conseguía una luneta por seis y por cinco pesos, más barata que al precio del despacho, según el cual valía diez. Otras personas aun tenían más calma, y como las funciones empezaban casi siempre por los números sueltos de concierto, confiados á los artistas de segunda fila, aguardaban á que el espectáculo hubiese comenzado, y entonces conseguían billetes á precio aun más económico. De ahí resultaba que al alzarse el telón, la sala se veía á medio llenar, y poco á poco la concurrencia iba aumentando hasta el lleno absoluto. La venta de palcos fué la que más produjo á los revendedores, porque como casi todos los que tenían propiedades fueron adquiridos por éstos, el sobrante era reducidísimo y se cuotizaba bien: palco segundo hubo que se pagase en *trescientos pesos* por una sola noche. Uniendo á todo esto el robo hecho por el *falso Mayer*, que al fin fué aprehendido en los Estados Unidos, resultando ser su verdadero nombre *Charles Bourton*, habrá de convenirse en que esa primera visita de la Patti costó á la sociedad de México *un ojo de la cara*, como vulgarmente se dice.

Fué en cambio aquella una época animadísima en la Capital: el comercio de lujo tuvo un inusitado movimiento, y todos los círculos dispusieron de abundante asunto para sus conversaciones. Quienes más no podían hacer, se contentaban con ver siquiera al paso á la *Diva*. La puerta del Hotel del Jardín siempre estaba llena de curiosos, en especial á las horas en que se sospechaba que iba á salir á alguna visita ó dirigirse al teatro.

Hubo quienes tomaran habitación en el Hotel del Jardín para tener derecho á encontrarse con la artista en las escaleras ó en los corredores. La Patti recibió muy pocas visitas, pero fué una de ellas la de Rosa Palacios, á quien quiso oír en unos trozos de *Mignón* y de *Il Guarany*, que nuestra artista cantó, mereciendo la aprobación de la *Diva* y los aplausos de Mr. Abbey. A estas pequeñas y rarísimas recepciones era de rigor concurrir en traje de etiqueta, pues jamás se ha visto una actriz más dada que la Patti á ese rigorismo. El periódico parisiense antes citado, decía de ella y de sus costumbres: "A la Patti le gusta vestir muy bien, pero no por la sociedad, pues vive muy retirada, sino para sí misma. Por la tarde, cuando come con Nicolini ó bien con su empresario, el vestido escotado es para ella de rigor y sus dos comensales visten frac y corbata blanca, ostentando en su pecho todas las condecoraciones que poseén. Después de la comida se juega al billar, con igual aparato, y sólo carambolas. Poseyendo ya sobradas rentas, las ganancias de sus excursiones se emplean en aumentar el fausto y suntuosidad de su regia posesión de Craig-y-Nos, ó se invierten en trajes, de los que manda hacer cuarenta á la vez á sus dos modistas titulares. Otros detalles: su secre-

tario particular gana un sueldo mensual de tres mil quinientos francos (*ó sean setecientos pesos*). La Patti no ensaya: un empleado del teatro acude diariamente á recibir sus órdenes, y generalmente las da Nicolini en su nombre. Mientras se halla en sus expediciones, es costumbre que á la mañana siguiente de cada función en que toma parte, su empresario le remita en una charola un *check* por el valor del sueldo que le corresponda. Antes de hacerlo así, no permite que se anuncie la función que deba seguir."

¡Bienaventurado el que posee!

## CAPITULO II

1887.

Casi al mismo tiempo que Adelina Patti se retiraba de la Capital, la empresa *Henry E. Abbey y Maurice Grau* ponía en circulación con el título de "*Vuelta al mundo de Sarah Bernhardt*," el prospecto siguiente:

"Elenco artístico.—*Sarah Bernhardt*.—*Mlle. Jeanne Malvan*, del teatro Gymnase de Paris; *Mlle. Fontages*; *Mlle. Rénard*; *Mlle. Susanne Seylor*; *Mlle. Marie Vallot*; *Mlle. Marcelle Robin*; *Mme. Lacroux*; *Mme. Joliet*.—*Mr. Philippe Garnier*, de la Comedie Française de Paris; *Mr. Angelo*, de los teatros de la Porte St. Martin y Gymnase de Paris; *Mr. Fraumier*, del teatro de la Porte St. Martin; *Mr. Thefer*, del teatro de la Porte St. Martin; *Mr. Bertier*; *Mr. Piron*, del teatro de la Porte St. Martin de Paris; *Mr. Decor*, de los teatros de la Porte St. Martin y Ambigu; *Mr. Lacroux*, de los teatros de la Porte St. Martin y Vaudeville de Paris; *Mr. Fournier*, del teatro de la Renaissance de Paris; *Mr. Joliet*, del teatro de la Porte St. Martin de Paris; *Mr. Carteneau*, del teatro de la Porte St. Martin.

"Debiendo Sarah Bernhardt seguir su viaje de vuelta al mundo, dará solamente *diez funciones* en México, escogiendo entre su repertorio las principales piezas.—Precios por abono á las diez funciones: Plateas y palcos primeros, *trescientos pesos*; palcos segundos, *doscientos*; palcos terceros, *ciento cincuenta*; palcos de galería, *cuarenta*; lunetas y balcones, *cuarenta*; asientos de galería, *doce*. Precios por función: plateas y primeros, *cuarenta pesos*; segundos, *trenta*; terceros, *veinte*; de galería, *seis*; lunetas y balcones, *cinco*; delanteros, *un peso cincuenta centavos*; entrada general, *un peso*.—Nota: El abono quedará depositado en el Banco de Londres y Sud América, hasta la llegada de